

## *El pan literario del amigo*

Paco Martín

Del querido y admirado amigo Juan Parias, siempre me he considerado un poco paisano. Ya sé que él nació en Serantes, también sé que esa cuna suya fue, y sigue siendo, referente y camino en su vida y, naturalmente, en su obra, pero no es menos cierto que fue en el Lugo mío donde hubo de aprender las primeras letras —o las segundas— y que, tal vez por esto, no puedo evitar imaginarme un encuentro, difícil pero no imposible, con Juan Parias en el Lugo de los años cuarenta del siglo pasado. Nosotros vivíamos cerca del colegio al que Juan asistía y quién sabe si una tarde cualquiera de primavera coincidiríamos, yo en brazos de mi madre y él formando parte del ruidoso grupo de chiquillos que acaban de salir de clase.

Yo no podría, claro, pero estoy casi seguro de que mi madre no tuvo más remedio que fijarse en aquel muchacho alto, delgado y espabiladísimo, con unas orejas que parecían querer volar lejos de su cabeza, que dejó de sacudirles la badana al par de abusones que habían venido molestando a la chiquilla de ojos claros y trenza rubia, y que lo hizo por respeto a aquella señora y también por la curiosidad que se adivinaba en la mirada del crío aquel que ella llevaba en brazos. De acuerdo, todo esto no son más que elucubraciones pero no creo que nadie tenga derecho a negarnos tal posibilidad, ni siquiera aquéllos que nos conocen bien a ambos, al leer estas palabras mías, habrán de atreverse a desmentirme cuando yo, en cualquier otro lugar, haga mención —que, ya puestos, seguro que acabo haciéndola y, probablemente, en más de una ocasión— de aquel nuestro primer encuentro. Oscar Wilde decía que a las que son como ésta no se les puede llamar mentiras, que son verdades inventadas.

Juan Farias, en una entrevista que Xavier Senín le hizo, aseguraba que él no escribía con ordenador porque una vez había visto en el escaparate de unos grandes almacenes de París a George Simenon tecleando frenéticamente en una clásica máquina de escribir y que entonces había decidido hacer siempre lo que Simenon hacía. Se me ocurre ahora que el padre de Maigret no debía estar aquella tarde todo lo atento que debiera a lo que pasaba fuera porque si no, guiado por su demostrada intuición, hubiera salido del escaparate, pasado su brazo sobre los hombros de Juan y se lo hubiera llevado hasta algún bistró próximo para convidarlo allí y preguntarle de mares, distancias y poesía. Buena pareja.

Es que Farias, naturalmente, *andou ao mar*. Y digo naturalmente porque este hombre y el mar estuvieron llamándose uno al otro desde que se vieron por primera vez, que fue el día en que nació Juan, y supieron de inmediato que habían de enriquecerse el uno al otro.

Había que comparar el mar de Serantes, el mar gallego, con otros linajes de mar, cotejar el finisterre galaico con todos los demás finisterres. Dejar registrada en cualquier espacio la galleguidad del hombre y el poeta.

De cuando en cuando, Juan Farias necesita abandonar por unos días los llanos de la Meseta volviendo a encontrarse con el mar —«ese camino» que decía Celso Emilio Ferreiro— y permitiendo a su mirada perderse en el azul de antiguas distancias, de itinerarios sabidos, en la presunción de viajes nuevos por nuevos derroteros.

A Juan niño su padre le contaba los cuentos de siempre y los dejaba sin terminar. Lo que para los demás chavales sería una historia con personajes y situaciones definidos era para él un mundo por descubrir cada vez, un universo inventado que había que ir construyendo paso a paso. Por eso entendió muy pronto que cualquier camino puede ser el camino, y también que los verdaderos sólo son los caminos de ida. Por eso las migas de pan de las meriendas infantiles que Juan fue dejando caer en la tierra de tantos senderos no servían para orientar la vuelta, eran —y eso es algo que sabemos bien los que somos lectores y amigos suyos— para que con ellas pudiesen comer los pájaros todos del mundo de la imaginación y los sentimientos.

Gracias, hermano, porque permitiste que muchos de nosotros tuviésemos oportunidad de recoger algo del pan literario que tú fuiste desmigando para los demás. Gracias porque haces lo que haces y nos dejas ser tus amigos.

-